

Yo voy a ser El Rey León... ¿O no?

Aquí el famoso cuento de El Rey León contado desde un punto de vista cuanto menos peculiar...

Ahh, supongo que nunca olvidaré ese día; la luz del alba lo iluminaba todo, el reflejo del Sol en el agua... Un momento, pero qué formas son estas, me presento: Soy Scar, hijo menor de la monarquía de la Sabana Africana: fuerte, atlético, con pelazo, dotado de rasgos pulidos y perfectos... Un regalo del cielo me decían o, bueno, así me veo yo. Podríamos decir que este punto de vista no es compartido por todo el mundo, es más, solían describir así a mi hermano mayor, Mufasa; hijo heredero del trono, el primogénito de la realeza... A ojos de todos, el rey perfecto.

Desde niños nuestros padres han tratado de inculcarnos que el buen rey es aquel honesto, que vela por su pueblo, que por él da la cara, que simplemente busca lo mejor y o emplea el poder que se le otorga en beneficio propio.

Recuerdo que cada noche nuestro padre nos llevaba de paseo, bueno, se llevaba a mi hermano, yo iba por mero aburrimiento, y nos contaba todo esto que acabo de deciros y, cuando terminaba, añadía: "Niños, recordad que sólo cumpliendo lo que acabáis de escuchar seréis queridos y aclamados por aquellos que bajo vuestro reinado están", y que, al terminar, miraba orgulloso las estrellas, invitándonos a imitarlo. Normalmente yo solía mirar cual pánfilo hacia arriba, pero una noche, cansado de escuchar siempre aquel estribillo, y libre ya de toda inocencia, le dije: "Pero padre, de qué me sirve todo esto que tu me cuentas si yo no voy a ser rey, si a eso sólo va a llegar mi hermano por ser el primero; a mí tendrás que enseñarme otras cosas, que si no voy a quedar inútil. No voy a ser rey, por lo que nadie cazará para mí, así que o me enseñas o moriré de hambre. Y otra cosa, siempre nos dices que no hemos de pelear con otros cachorros, que la violencia no es la solución y que hay que dialogar, bien, pues si el día de mañana me encuentro solo, teniendo en cuenta que no soy el rey, y me viene otro león pues tendré que pelear por lo que es mío, o, nuevamente, moriré" Y mi padre contestó algo que nunca se me olvidará: "Cierto es que no estás exento de razón hijo, pero escúchame bien, si un día le pasase algo horrible a tu hermano tú ocuparías su puesto, e ibas entonces a ver cuantísima utilidad tiene todo esto que yo te cuento". Y fue entonces cuando todo se me iluminó.

Recuerdo con especial nitidez que un día, un poco más mayores, ya adolescentes, mientras yo maquinaba cómo invalidar a mi hermano, éste salió solo por las tierras y, cuando volvió, estaba fuera de sí. No era él. Se reía a carcajadas cada vez que alguien abría la boca, dijese lo que dijese; no era siquiera capaz de mantener el equilibrio al andar. Y es que resulta que existía una hierba, allá en las tierras oscuras, que producía un considerable estado de embriaguez en aquellos cuyo humo inhalaban. Debió de pasar por allí mientras alguien quemaba unas cuantas, y como el chico ha sido siempre muy delicado, acostumbrado a respirar el aire más puro, los efectos que causaron en él fueron muy acusados. Y claro, cuando mi padre lo vio aparecer de esa guisa, y teniendo en cuenta que era plenamente consciente, aunque no lo manifestase, de que yo tramaba algo contra mi hermano, no dudó en hacerme culpable de los hechos, y consideró por tanto mi destierro.

El caso es que una vez en las tierras oscuras, continué viendo al futuro monarca ir a respirar ese humo, tanto iba que llegó a convertirse en un adicto, pero claro, yo a nadie podía avisar, pues tenía prohibida la entrada allá donde él vivía.

Pasaron los años, nuestro padre murió y Mufasa ocupó el trono (MI trono). Fundó una bonita manada y... llegamos a ese día. centenares de animales congregados, cantando al unísono (supongo que cantaban, si no no me lo explico), y todo para ver cómo un mono pulgoso levantaba el cachorro de mi hermano y su esposa. Y como no podía ser de otra manera, todos en reverencia ante un leoncito que los miraba atónito; pues como es lógico, si es que a quién se le ocurre coger a la criatura, recién llegada al mundo, y subirla allí a lo alto, vamos, como para que se le hubiese caído, así luego crecen y tienen "traumas infantiles", pues yo lo veo normal, pero no, hay que presentar al futuro rey... Pues, pensándolo mejor, ojalá se hubiese caído, porque en ese momento yo no tenía un obstáculo, sino dos en la carrera hacia el trono, que estaría desterrado, pero no desistía. Y por no contar lo del pajarraco ese, Zazú se hacía llamar, que vino a decirme que Mufasa estaba enfadado porque su hermanito pequeño no había acudido a la ceremonia, "pero vamos a ver pedazo retrasado, como no hagan una videoconferencia no sé cómo quieres que vaya, si estoy desterrado" le dije; y para más *inri* me tocó aguantar la chaa de mi hermano por mi grave falta a a cual respondí, aprovechando mi gran dotada inteligencia, con una interpretación de Óscar, en la que me mostraba muy afligido, y con la que marchó contento.

El tiempo pasó rápido y Simba creció. Se volvió un niño insolente, tal y como lo era su padre, el cual estaba muy orgulloso de su criaturita, y a éste no tardaron en subírsele también los humos.

Otra horrible costumbre que el futuro monarca heredó es esa manía de cantar, pero no una cosa así puntual, no no, TODO; andaba, cantaba, comía, cantaba... Y si por lo menos lo hiciese bien, la verdad es que no recuerdo una época más lluviosa...

Pero, no todo era tan maravilloso, en algún momento tenía que reaparecer mi gloriosa figura, pues bien, al cabo de un tiempo desterrado conocí a un grupo de hienas. Esos animales luchan por la comida con los leones, y yo, al ser uno solitario, podría resultar una presa fácil, pero fue ver mis desarrollados músculos y echarse a temblar, eso y un poco de ayuda de aquellas hierbas que consumía mi hermano, y si ya le añadimos que le proporcionaba comida...¡tas! Sirvientes nuevos. Y así sigue siendo, puesto que las hierbas siguen consumiendo, de ahí el humo verde que sale de la cueva que habitamos, que tampoco es que sea nuestra, sino que se la dejaron abierta y entramos, como ahora la ley nos ampara... No nos pueden echar.

Una tarde, mientras descansaba en mi ático a las afueras del reino, recibí la agradable visita de mi sobrino Simba, que vino acompañado de una irritante y repelente cachorrita, Nala, y del pitufo volador Zazú; y como no, no se podían saltar el momento musical. Solo estamos de paso, decían, y se marcharon en dirección al cementerio de elefantes, sin duda un momento para recordar. Aunque ellos no lo supiesen, tenía una pequeña instalación de cámaras, y fue mejor que ver el Sálvame: nada más entrar un géiser estalló delante de ellos, haciendo que inhalasen ese dulce humo... Y Simba comenzó a alucinar, decía que había cerebros de elefante, que iban a revivir, y para colmo se puso a hacer parkour entre los esqueletos, vamos, ni que fuese Spiderman el niño. Entre todo este festival aparecieron mis fieles hienas para hacer de todo menos darles un cariñoso abrazo. Éstas capturaron a Zazú, y el muy cretino de Simba quiso salvarle, pero entre tanto ya llegó el puñetero Mufasa a hacer de héroe, pero pasó por alto el humo, que hizo que el rey viese hasta a sus ancestros... En fin, estaba rodeado de idiotas.

Entonces estallé (en el buen sentido claro) y les conté a las hienas mi plan para acabar con Mufasa, que realmente era hacerle un gran favor, pues no es calidad de vida vivir enganchado a las drogas, y si no era así moriría en combate, pues con sus pocas luces sería fácilmente derrotado, y, además, sería una derrot ante su pueblo... Bajo mi humilde punto de vista es mejor morir con dignidad, y ya que lo quiere tanto, pues que comparta el momento y viaje con su hijo.

Llegó el día. Me llevé a Simba al desfiladero con la excusa de que su padre le había preparado una sorpresa. Mientras, mis hienas espantaron a una manada de ñúes, provocando una estampida que embocaba en el sitio donde yo estaba con el chico, bueno, puede que ya estuviese solo, que tiene una edad y hay que madurar. Entre tanto yo fui a buscar a Mufasa, y le dije que su cachorrín estaba en grave peligro, y tardó poco en acudir (otra vez) a su rescate, aunque con sus flácidos músculos y su estado resacoso tardó un rato en llegar. Cuando por fin lo consiguió Simba estaba corriendo delante de los animales, y su padre, que en aquel momento debió creerse Superman, saltó encima de ellos para salvar a su hijo, ¡y vaya si lo salvó! Pero la fuerza no iba a durarle para siempre... Mufasa trató de agarrarse a un saliente y... ¡Scar en escena! Le miré a los ojos y una haz de bondad asomó en mi corazón, vi sufrimiento en él... y lo tiré. No tenía sentido que siguiese sufriendo por un niño que ni siquiera le había dado las gracias por haberle salvado, además de haberle desobedecido claro, y no olvidemos que este cachorro también cumplía la función de despertador, que sonaba chirriosamente cada día según salía el Sol, como si el pobre Mufasa no tuviese nada mejor que hacer que aguantarlo. Es que así no me extraña que mi hermano fuese a fumar de aquellas hierbas a diario, si lo que éste más necesitaba era evadirse de la realidad; no si ya os digo yo que le hice un favor y todo.

Narrados ya todos los acontecimientos creo recordar que de camino a casa me encontré a mi insolente sobrino, hecho polvo que estaba, y como buen tío que soy le animé y le dije que era culpa suya, así le evitaba el mal trago de andar buscando culpables. Ya por último le dije que se fuera, y oye, el niño me hizo caso y se fue corriendo, y lo cierto es que no volví a verle por allí en una larga temporada. Y por fin ascendí al trono, mi sueño se cumplía, iba a demostrar quién mandaba, QUIÉN ERA EL REY.

Entre todo esto viví bien. Lo tenía todo: leonas que cazaban para mí, un mayordomo pajarraco, mis hienas, fieles seguidoras... Aaah, si esto hubiese sido así desde el principio otro gallo cantaría. Bueno, a lo mejor no era todo tan maravilloso, porque la estampa del Mufi (así llamábamos a Mufasa en las tierras oscuras) no dejaba de asomar en la cabeza de la manada. Y ya para rematar, la leonas dejan de cazar, que tenían depresión me decía, ¡y para colmo va una y se me escapa! Y por no hablar del mono hippie ese, que insistía en que Simba seguía vivo.

Pues finalmente, y no sé cómo narices lo hizo, volvió la leona fugada, y no lo hizo sola eh, no no, se trajo al muerto de hambre ese, al Simba, que se enganchó a las mismas hierbas que su padre, bueno bueno, iba tan drogado que me acusaba de la muerte de su padre... qué desfachatez.

Como me había enseñado mi querido padre, fui a hablar con la manda para hacerles razonar acerca de que un león que en su vida había librado batalla, enganchado a sustancias alucinógenas y depresivo perdido no podía ser su rey... Pero en fin, me tomaron por el pito del sereno.

Por causas naturales, este relato no ha podido ser terminado, según nos confirma su autor a través de esta sesión de Ouija... (por favor niños, no hagáis ésto solos en casa; ni fuera de casa; ni acompañados fuera de casa... Bueno, que no lo hagáis) Preguntadle a las hienas.